



La llegada del Bebé X



LA LLEGADA DEL BEBÉ X

MARA FAYE LETHEM



PLA//ON & BARTLEBOOM

Índice

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL: octubre de 2024
TÍTULO ORIGINAL EN INGLÉS: *A Person's a Person,*
No Matter How Small

© del texto, Mara Faye Lethem, 2020
© de la traducción, Javier Calvo, 2024
© Plasson e Bartleboom, S. L., 2024
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-02-6

DEPÓSITO LEGAL: M-20713-2024

CÓDIGO IBIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Daniel Mira

MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz

CORRECCIÓN: Ana del Amo y Estela Gómez

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

1	9
2	25
3	33
4	43
5	51
6	61
7	67
8	69
9	81
10	87
11	93
12	103
13	113
14	119
15	123
16	129
17	133
18	141
19	149
20	157
21	159
22	163
EPÍLOGO	171

A Ana María Diazarango

BARBARA ESTABA HASTA EL GORRO del milagro de la vida. Acababa de potar algo que debía de ser la pared de su estómago marinada en bilis. Aquel cigoto enorme se había adueñado de ella, y ahora sentía hasta el último recodo insospechado de su interior taponado con sellador de juntas, como el de los azulejos del baño. Hasta la banda sonora de sus regurgitaciones había sido colonizada por cancioncillas infantiles que no se podía sacar de la cabeza. Se metió a rastras en la cama, sólo para ser recibida por la sonrisa calenturienta de su marido.

—¿Quieres un masajito? —sugirió Brian, bajándole la mano para que le palpara el empalme que le emergía del vello púbico pelirrojo. Era agosto, plena canícula, y Barbara había pillado un virus. No se había molestado demasiado en averiguar qué clase de virus, porque de todas maneras no podía tomar nada para aliviar los síntomas.

Últimamente el único que tenía habitación propia era el feto. A Barbara no le quedaba más remedio que someterse a sus posibilidades, a sus necesidades, a su potencial ilimitado. Mientras decidía si probaba a echar un polvo, el feto le arreó una patada en la vejiga y le magreó el colon.

Tumbada boca arriba entre las sábanas blancas y limpias, su cuerpo incómodamente colonizado se preparó para la siguiente

invasión. Pensando más en hemorroides y en ejercicios Kegel que en consumir el amor matinal, luchó para mantener a raya las canciones de la versión animada de Disney de *Pinocho* que no paraban de bailar por la cabeza.

La cara sudorosa de diablillo de Brian subía y bajaba frente a la de ella; sus pecas se convertían en líneas anaranjadas cada vez que las desenfocaba la mirada de Barbara. *Sin hilos yooo me sé mover; yo puedo andar y hasta correr; los tenía y los perdíí, soy libre y soy feliiz...*

Barbara se metió otra almohada debajo de la cabeza, intentando aliviar el ardor de estómago que le estaba mordisqueando el plexo solar. Se concentró en evocar alguna clase de imaginación sexual, pero los pechos le hacían pensar en lactancia y los ojetes en compresas de hielo. Se esforzó para dejar de censurar sus pensamientos, en un trabalenguas mental agotador. Por fin encontró algo que la distrajera de la estática cerebral: empujó con la pelvis hacia delante y se imaginó que tenía pene, en vez de ser el receptáculo. Casi notó cómo se extendía el tronco venoso, como una antena de insecto, siempre hacia fuera. Mejor dar que recibir. Cuando se corrió, el feto se encogió en forma de puño cerrado: *¡Que te pego, leche!*

Brian le sonrió con aquella cara angulosa suya que tenía toda la pinta de que se la había tallado un marinero barbudo durante un largo viaje por mar a Nantucket. Era el típico americano cuyas raíces se podían ubicar sin problema en alguna costa verde de Irlanda, con aquellas ovejas pintadas a espray pululando alrededor. Una vez se había disfrazado con ropa antigua para que le hicieran un retrato en blanco y negro en la feria del condado y sus pecas se habían metamorfoseado en las pecas de su tatarabuelo, como una carta celeste de melanina extendida a través de los siglos.

La historia familiar de Barbara se parecía más bien a esa carne misteriosa que sirven en las cafeterías de las escuelas: países que habían cambiado de nombre, registros penitenciarios perdidos, un puñado de bastardos separándola de un árbol genealógico floreciente. El resultado era una apariencia extrañamente general. A menudo se dirigía a ella en el autobús gente que, cuando la veía más de cerca, se daba cuenta de que en realidad no la conocía. El rasgo más distintivo de Barbara eran sus ojos de color mercurio.

Todavía jadeando, dejó que aquellos ojos deambulaban por el techo, atraídos por el ventilador colgante con acabados de mimbre y distraídos por las telarañas del rincón. Había cosas que quería decirle a Brian, pero no sabía por dónde ni cómo empezar. En la época en que se habían conocido en el periódico, les gustaba quedarse despiertos toda la noche, bebiendo vino hasta que se les ponían los dientes morados. Él leía en voz alta sus últimos poemas y ella ensayaba eslóganes para su último manifiesto. Fue durante aquellas noches cuando Barbara se había imaginado por primera vez su vida juntos. Se imaginaba quizás un tercer piso sin ascensor, con una bañera en la cocina donde las generaciones anteriores habían tenido sus carpas. Allí se harían cachimbas con frutas y aporrearían sus máquinas de escribir: la de él vomitaría poesía y la de ella prosa.

La realidad actual era una casa de planta y media estilo rancho con trozos de césped de color parduzco, en una calle sin salida de Generickville, Broad Island. De vez en cuando Barbara tallaba algún rábano en forma de rosa para ponerlo en la ensalada, pero la escritura de Brian ya sólo aparecía en la portada de la sección local del *Tribune* y la de ella se había visto relegada a floridas listas de la compra. Contempló el techo de color blanco luminoso de su frugal cuarto marital y vio protozoos grises

flotándole por su campo de visión. Tenía ganas de decir algo lo bastante profundo como para llenar el vacío que los separaba.

—Todavía no se me ha ocurrido ningún nombre. —Fue lo único que se materializó cuando abrió la boca—. Pero lo he empezado a llamar Bebé X. —El ventilador del techo zumbaba ominosamente en el silencio húmedo, cortando el aire ya espeso.

Brian suspiró débilmente.

—¿No te parece un poco indigno? —dijo él, con el tono ya impregnado de impaciencia poscoital—. Hasta Otto tiene nombre.

Otto era la mascota de la familia, un perro salchicha de pelo largo y lealtad cuestionable. Como si Brian lo acabara de invocar, Otto apareció sobre la colcha blanca y se puso a lamerse con diligencia el pito. A continuación la puerta del dormitorio se entreabrió, rompiendo el hechizo de la intimidad adulta y abriendo la veda al déficit de atención infantil.

—Mamááááá —dijo Owen en tono quejumbroso, resumiendo escuetamente sus quejas. De acuerdo con la visión del mundo de aquella personita, incluso a primera hora de la mañana, todo era siempre culpa de Barbara. A fin de cuentas, ella lo había traído al mundo.

—Buenos días, cielo —dijo Barbara, alborotándole cariñosamente aquel peinado a tazón estilo Beatle que acentuaba la redondez de la cara de Owen. Le apartó el flequillo de los ojos, cuyo tono gris pizarra era inquietantemente idéntico al de ella. Le pasó los dedos por las raíces sudorosas del pelo.

—Choca esos cinco, colega —dijo Brian, ofreciendo una mano para que Owen se la chocara. Otto se bajó de un salto de la cama y se alejó al trote, sin darle a la personita la oportunidad de tirarle de la cola tiesa.

—Voy a ducharme —anunció Brian, con la Blackberry ya zumbándole en la palma de la mano. Se alejó hacia el cuarto de

baño frotándose los ojos. Owen propinó una serie burlona de palmadas en la barriga de su madre. Barbara se moría de ganas de mear otra vez.

—Qué *gande* —musitó Owen—. Qué *gaaaaande*. La barriga más *gande* del mundo.

No te agobies por pequeñeces, pensó Barbara. Pero no se pudo refrenar.

—¿Del mundo? —preguntó en tono escéptico—. ¿Y qué me dices de Papá Noel?

—¿Quién? —preguntó Owen.

Barbara se planteó un mundo en el que ella era más famosa que Papá Noel, en el que ella era el alfa y el omega, la bombilla en torno a la que revoloteaban hordas de polillas diminutas.

—¿Desayunamos? —sugirió. Del dormitorio contiguo le llegaron el ruido de la ducha y el tono de un mensaje de texto en la Blackberry de Brian. Barbara disparó mentalmente un breve y casi desganado rayo mental a través de la Estonia del mapamundi de la cortina de ducha, directamente a las pelotas pecosas de su marido.

—¿Tele? ¿*Bambi*? —Owen contestó a su pregunta con otra pregunta.

—Hoy tienes escuela.

—¿*Kung Fu Panda*? —replicó él, como si la objeción de su madre fuera dirigida al célebre cervatillo afeminado y sin madre.

—No, cielo, hoy tienes escuela.

Bienaventurados vosotros, oh, lunes, que nos otorgáis un respiro, pensó Barbara, echando un vistazo al reloj. Le tocaba empezar a pelearse con Owen, vestirlo y cerrarle el velcro de los zapatos para que Brian se lo pudiera llevar en coche a la guardería. Le dio una tortita de arroz para que se la comiera por el camino, sabiendo que más tarde se la encontraría deconstruida

y colonizando los pliegues labiales de la tapicería del coche, en trozos chupados con consistencia de engrudo.

Cuando los hombres se marcharon de la casa, Barbara limpió su cocina de color amarillo chillón, restregando bien los aros entrelazados que habían dejado las tazas de café sobre la encimera. A través de las cortinillas de raso de encima del fregadero, vio que Otto ladraba en dirección a la casa vecina. La casa de Ana Snapple. Otto estaba enamorado de la perra de Ana Snapple. La dóberman de Ana Snapple no sólo carecía por completo de interés por las atenciones de Otto, sino que su amor era anatómicamente imposible. Aquello, sin embargo, no disuadía a Otto.

Aquel amor canino no correspondido había llevado a Barbara a hacerse amiga de Ana Snapple, que, como apenas podía salir de casa, siempre estaba disponible para tomar un té y charlar. Barbara no sabía exactamente qué problema de salud tenía Ana, porque cuando su vecina lo mencionaba bajaba tanto la voz y se santiguaba tanto que Barbara nunca conseguía oír el diagnóstico. Había llegado a considerarla una especie de bomba de relojería, capaz de venirse abajo en cualquier momento por causas desconocidas. Ana Snapple también era refugiada de la ciudad. Hacía más de una década que le habían pronosticado una esperanza de vida de entre seis meses y un año, y se había comprado la casita de al lado gracias a una indemnización económica por negligencia médica que al otro lado del puente sólo le habría llegado para un apartamento del tamaño de una caja de zapatos.

Barbara cruzó el césped descolorido y le devolvió los ladridos a Otto. Ana Snapple los miró desde su puesto de observación, una vidriera que tenía en la sala de estar, con su dóberman de orejas atentas al lado. Por suerte se levantaba temprano. De hecho, Barbara siempre la veía vestida de punta en blanco, daba igual qué hora fuera.

Hoy llevaba un kimono atado con faja en la cintura complementado con un abanico de mano, un collar rojo lacado, pendientes de cuentas de cinabrio rojo intenso (con incrustaciones de flores cloisoné) y pulseras de baquelita roja y negra. Tenía el pelo oscuro y rizado corto, seguramente para acentuar sus joyas. Barbara le puso a su vecina una cara de «lo siento otra vez», y Ana Snapple le quitó importancia con un gesto de la mano al mismo tiempo que imitaba el movimiento de llevarse a los labios una tacita con el meñique de color caramelo extendido. Barbara se frotó una parte dura de la barriga de embarazada y subió los tres peldaños que llevaban al porche de Ana Snapple. Abrió la puerta mosquitera y la perra se le acercó para lamerle el cuello.

—¿Qué pasa, tía? —Ana Snapple esperó a que Barbara llegara a ella.

—¡Snaps! ¿Tienes esos dónuts tuyos con relleno de crema? Ya sabes cuáles digo.

—Ya sabes que sí. Ve a la cocina y tráelos.

Barbara obedeció y regresó a la sala de estar con una caja rectangular grasienta y un rollo de servilletas de papel.

—Snaps, necesito descansar más —dijo, frotándose una sien antes de atacar el dónut, del que empezó a rezumar crema por la retaguardia mientras ella le infligía un duro castigo en el frente.

—Tira esa lista de cosas pendientes, tía. Tómate tiempo para ti. Deja que ese hombre se planche los calzoncillos. Me fío menos de él que de un cura en una fiesta de cumpleaños infantil. —Bajó la voz hasta un susurro y se santiguó apresuradamente—. Que Dios lo ayude cuando me recupere un poco.

Ana Snapple tenía una espina clavada. Hacía dos años había descubierto que el marido con el que llevaba dos décadas casada había estado aceptando obsequios en forma de trabajadoras sexuales durante sus viajes de trabajo. Lo había echado de casa

a patadas, pero ahora veía infidelidades allí donde miraba. Y lo que más miraba era la casa de Barbara a través de su vidriera.

—¿Qué está haciendo siempre con ese smartphone suyo? Bip, bip, tienes un mensaje. Un sucio traidor, eso es lo que es. ¿Le has mirado los bolsillos por si tiene condones excretados?

—¿Excretados? —pregunta Barbara, lamiéndose el índice.

—Tía, ya me entiendes. ¿Cómo se llamaba la zorra esa?

Barbara captó la alusión, de forma que se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Cate.

—Sí, eso, Cate con C de caradura. Menuda pajarraca, la tía. Bueno, ya sabes lo que digo siempre: quien me busca, me encuentra.

Cate era una madre del barrio, con niñera filipina interna, carrera artística en alza y suficiente tiempo libre como para escribir a Brian varias veces al día. Barbara se arrepentía de haberle mencionado sus sospechas de infidelidad a Ana Snapple.

—La muy zorra es rubia, ¿no? —siguió diciendo—. Creo que el otro día vi husmear por aquí a una rubia flacucha. —Ana Snapple señaló vagamente hacia el mundo del otro lado de su vidriera.

—No, no, tiene el pelo oscuro.

—Oh, no, chica, pues debe de ser que hay otra. ¿Has visto las noticias? Se está yendo todo al carajo, me temo. Tornados, tsunamis, en el Kennedy's Fried Chicken de la ciudad se ha incendiado el aceite y se ha quemado todo...

Ana Snapple veía un montón de tele durante el día. Últimamente, Barbara también. Ana Snapple era igual de fan de la programación nocturna y autora ferviente de cartas al director. Barbara tenía la vaga sospecha de que la antipatía que le mostraba Ana Snapple a Brian venía agravada por el hecho de que trabajaba en el *Generickville Tribune*, que Ana estaba

convencida de que la había incluido en alguna lista de *persona non grata*. Seguramente lo que pasaba era que no podían publicárselo todo, de tan prolífica que era. Ayer había sido una carta pública a la madre del niño que le había colgado una pelota en su tejado; el día anterior una diatriba contra los pepinillos dulces («un oxímoron claro», parecía ser el eje argumental. «¿Es que no hay la suficiente confusión ya en este mundo?», era la frase que concluía el texto). Ana Snapple también escribía unas notas memorables a los perros que tenían la desconsideración de mear cerca de su manzano silvestre en flor. A veces llevaba las cosas todavía más lejos, pero el agente Chuck, el ayudante del jefe de policía del pueblo, la solía dejar ir con una sonrisa socarrona y una advertencia. Aun así, Ana consideraba al agente Chuck su gran némesis, y dejaba una vela encendida para asegurarse de que cada año por primavera pillara fiebre del heno. Generickville no era lo bastante pequeño ni amigable como para que todo el mundo se conociera, pero todo el mundo conocía a Ana Snapple.

—Snaps, ¿necesitas algo del centro? Esta mañana tengo que recoger un par de cosas.

—¿Sabes esas alitas de pollo picantes que tienen en el pub, las que llevan salsa de queso azul? Pues eso. Y un batido malteado. Asegúrate de que no se dejan la malta en polvo. Bueno, no, déjalo. Mejor pensado, llamaré para que me lo traigan todo... —Ana Snapple era famosa por regalar porritos finos a modo de propina, de forma que siempre recibía un servicio excepcionalmente bueno por parte de los repartidores.

—En fin, más me vale empezar con todos esos recados que serán todavía más difíciles de hacer cuando tenga dos niños, como comprar reservas de bolsas de aspiradora. —Barbara estaba básicamente tachando cosas de su lista de suministros para un

refugio nuclear. La maternidad tenía algo que había sacado a la luz su instinto preparacionista—. Gracias por el dónut.

—De nada, Babs. Siempre tienes mi puerta abierta. Literalmente.

Ernie la dóberman la acompañó hasta la puerta mosquitera. Barbara oyó un portazo tras de sí y se alejó por Mayberry Lane en dirección a la parada de autobuses. Todavía no había empezado el calor fuerte; sólo era media mañana y el aire no iba cargado de una humedad del cien por ciento. Sólo del noventa y tres por ciento, más o menos. Barbara daba pasitos cortos para no perder el equilibrio. De vez en cuando se veían jubilados fertilizando y regando flores y brotes diversos. Generickville era como un pueblo diseñado por Henry Ford: hilera tras hilera de casitas de cuento con jardines primorosos y una cantidad excesiva de calles sin salida. Había residentes que usaban sus jardines y la pintura de sus casas como formas de expresión personal, aunque por lo general las cosas demasiado chillonas estaban mal vistas. El vecindario se había vuelto todavía más uniforme desde la controvertida ordenanza municipal que prohibía los flamencos rosados y los gnomos de jardín. La campaña contra estos últimos la había instigado Ana Snapple, usando a una legión de repartidores de pizza fumados a sus órdenes para que pegaran letreros incendiarios en los susodichos duendes. El exmarido de Ana Snapple había sido bajito y grueso, y de niño le habían hecho llevar capirote a menudo, de manera que seguir viendo gnomos por su ventana después de echarlo de casa «me toca una fibra sensible, ya sabes».

Las estrechas aceras de Generickville estaban diseñadas para disuadir a la gente de caminar por la calle, pero hacía unas semanas que a Barbara le habían suspendido el permiso de conducir por hacer señales manuales inapropiadas, de forma que ahora le

tocaba pateárselas. El problema de verdad era el autobús. Barbara veía cada interacción, por pequeña que fuera, como una afrenta. *¿Es que no ven que estoy embarazada?*, pensaba, deseosa de que le dieran un autobús privado sólo para ella, con un minibar bien provisionado, donde no tuviera que oler ni ver a nadie. El G39 era una enorme fosa séptica de hombres que deberían ser capaces de sentarse con las piernas menos abiertas, gente tosiendo sin taparse la boca y cálculos constantes de quién era más merecedor de sentarse.

Pero si intentaba ir andando hasta el centro lo más seguro era que se pusiera directamente de parto. De forma que se resignó y ni siquiera perdió los papeles cuando un adolescente con síndrome de Down se puso a darle muy enfáticamente los buenos días. *Va a ser un buen día*, se insistió a sí misma, conteniendo la respiración durante las últimas paradas para protegerse de los poderosos efluvios de Ejoli («para mujeres que se ganan los garbanzos») y de la libertaria, incontenible e irreverente colonia en espray Charlie. Lo cual, por alguna razón, le dio hipo al Bebé X. Rebasada su lista de humillaciones, Barbara estuvo a punto de pedirle al conductor que le bajara la rampa para minusválidos, pero decidió que sería un proceso demasiado lento. Se apeó del autobús con cuidado y puso rumbo a la tienda que vendía las piezas de aspiradora.

No tardó mucho en encontrar lo que necesitaba y todavía le quedó tiempo antes de que su cuerpo empezara a exigirle una de sus ocho comidas diarias para entrar un momento en la Sociedad de San Vicente de Paúl, el santo patrón de las tiendas benéficas.

Eligió unas cuantas prendas de segunda mano para los críos. Barbara había dejado de comprarse ropa. Después de tantas fluctuaciones de peso, ya ni siquiera sabía qué talla tenía. Luego miró en la sección de libros y encontró uno que le había encantado

de niña; trataba de una comunidad de koalas que perdían la capacidad de distinguirse entre ellos porque todos tenían pinta, en fin, de koalas. Pero el anciano koala sabio que vivía en la copa del eucalipto más alto solucionaba el problema organizando una fiesta de disfraces, que le daban a cada individuo un aspecto distintivo. Añadió el libro de color rosa a su cesta de plástico rojo. Vio a un adolescente robando y se sintió celosa y nostálgica.

Luego encontró un ejemplar de un libro que no había leído nunca —ni siquiera había visto la adaptación cinematográfica—, pero lo había escrito un tipo al que había conocido en sus años mozos. Se titulaba *Ángel* y parecía escrito desde la perspectiva de una mujer joven. Miró la foto del autor y la llenó una extraña nostalgia que no acababa de resultarle agradable. Hojeó las páginas amarillentas que obviamente había leído por lo menos una persona antes de abandonarlas a su suerte. Descubrió algún que otro pelo corto metido entre ellas y vio que varias tenían las esquinas dobladas. Barbara se acordó del autor, un hombre de Portland, Oregón que guardaba un desafortunado parecido a Adolf Hitler de joven y que había estado bastante colado por ella. Recordaba haberse sentido agradecida por el hecho de gustarle pero no tener forma alguna de transmitírselo, porque eso lo habría animado y no habría sido justo. Una vez había aceptado ir a lavar su ropa con él a una lavandería automática situada junto a una cervecería artesanal, lo cual les permitía escaparse a tomar una cerveza mientras su ropa giraba en lavadoras contiguas. De entrada le había parecido una actividad inocua, pero luego le había roto el corazón la ternura con que el hombre la veía doblar su ropa y la escuchaba quejarse de su relación a distancia, así que después de aquel día lo había evitado por completo. El autor de la foto también debía de haber envejecido, pero por lo menos había publicado más libros. En aquella época Barbara jamás podría

haber imaginado que acabaría donde estaba ahora. No sólo no había escrito ningún libro, sino que ya ni siquiera trabajaba en la revista. Era como aquella canción que decía: «I sound like a housewife... I think I'm a housewife».

Barbara estuvo a punto de devolver el libro a la estantería, pero no tuvo valor para condenarlo al purgatorio de la tienda benéfica. Colocó *Ángel* con expresión pensativa en su cesta de plástico y al llegar a la caja registradora apoquinó el dólar con noventa y nueve que costaba para llevárselo a casa.

Tras salir al enorme aparcamiento —una peatona en un mundo de coches—, Barbara decidió girar a la izquierda en vez de a la derecha para ir a la parada del autobús. La guiaba una sensación nebulosa, el recuerdo de la ruta que cogía antaño para ir al periódico, donde, antes de pedirse la baja indefinida, superada por las exigencias de la lactancia bajo demanda, Brian y ella habían trabajado juntos, aunque ella en la plantilla de la revista dominical satinada y él como redactor de la sección local. Sus pies la llevaron hasta las oficinas y una vez allí levantó la vista para mirar el letrero de madera desgastada que decía *GENERICKVILLE TRIBUNE: DANDO A LEER LA LETRA PEQUEÑA DESDE MIL NOVECIENTOS SETENTA Y TRES*. Luego se dio cuenta de que no le apetecía saludar a nadie, y además ya estaba pensando en aquellas alitas de pollo picantes que le había mencionado Ana Snapple, las del Ye Olde Generyckyville Pub, que quedaba a un par de calles.

Barbara pensó que en el pub seguramente pillaría a Brian, que estaría dando cuenta de su habitual almuerzo de sándwich de beicon con dos pintas de cerveza. Había muchas cosas en la década que prácticamente llevaban casados que habían compartido en algún momento y que ahora él seguía haciendo a pesar de que ella había sido borrada de la escena. De forma que a

menudo Barbara sabía dónde encontrarlo, y en efecto, a través de la ristra de lucecitas del ventanal, no tardó en divisar su pescuezo y aquellos mechones pelirrojos peinados de forma estratégica para disimular una calva incipiente. Alrededor de su mesa había sentados varios compañeros de trabajo, en una banquetta curvada de imitación de cuero almohadillado. A Barbara la reconfortó la presencia de su marido, sus hábitos predecibles.

Pero entonces, cuando ya estaba a punto de empujar la puerta y hacer sonar la campanilla, con las palabras «alitas picantes» en la punta de la lengua, vio que también estaba allí Cate, riendo tan fuerte que parecía que se le fuera a escapar la cerveza rubia por las narices. Cate tenía manchas de pintura en los vaqueros azul oscuro y debajo de las uñas. Debía de venir directamente del estudio. Llevaba el pelo recogido en una coleta descuidada, con unos mechones sueltos rozándole la mejilla. Incluso Barbara sintió el impulso de estirar el dedo y pasarle un mechón por detrás de la oreja. Cuando se reía, a Cate le asomaba en la sien una vena en zigzag con pinta de relámpago y le quedaba al descubierto un diente torcido, como una perla en mitad de aquella boca que parecía una concha marina de nácar rosa pálido.

Barbara se detuvo justo antes de que la campanilla llamara la atención hacia su entrada. Se dijo a sí misma que estaba reaccionando desproporcionadamente, que tenía que entrar y pedirse las alitas sin más. Pero se quedó fuera, intentando acordarse de la última vez que se había sumado a Brian y a los muchachos para un almuerzo de dos pintas. Barbara se había vuelto intolerante al alcohol, o simplemente había perdido la resistencia a la borrachera. Lo cual únicamente reforzaba la fama de aguafiestas que tenía entre los amigos de su marido, que de hecho habían sido elegidos por su capacidad para beber como cosacos. Barbara no había sido consciente hasta ese momento de que Cate ya era uno de ellos.

No estaba segura de cómo clasificar aquella información, aquella patata caliente envuelta en papel de aluminio ennegrecido que le había caído en el regazo y que en realidad no demostraba nada. Sólo sabía que no tenía ningunas ganas de sentarse a aquella mesa y ponerse a descoyuntar pulcramente ligamentos de alitas.